

CAPITULO XIV.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—El Hombre—Dios, obra acabada del Espíritu Santo.—Nuestro Señor Jesucristo, tipo único de perfección—Hombre por excelencia.—Único centro de la historia—En vez de ser nada, lo es todo.—En él termina el mundo antiguo.—De él parte el mundo moderno.—El cielo, la tierra, el infierno, lo reconocen por el alfa y omega de todas las cosas.—Los ángeles y los astros hacen su profesión de fe.—Cálculos astronómicos.—La tierra hace su profesión de fe: Expectación general del Mesías.—Testimonios.—El infierno hace su profesión de fe: Fuga de los demonios.—Sus palabras.—Cesación de los oráculos.—Muerte del gran Pan.—Este triple acto de adoración continúa después de dos mil años.—La Encarnación quicio del mundo moderno, cuya existencia descansa sobre la resurrección de un muerto.—O creerla ó estar loco.—Tentativas del demonio para impedir la creencia en la Encarnación.

La segunda creación del Espíritu Santo es, como la primera, una maravilla inefable. El Hijo de María se eleva á una altura tal, que sobrepuja todo lo que el mundo ha visto desde que existe. Conjunto inefable de gracia y de majestad, de dulzura y de fuerza, de sencillez y de dignidad, de firmeza y de condescendencia, de calma y de actividad, habla, y ningún hombre ha hablado como él. Manda, y todo le obedece. Con una palabra, calma las tempestades, con otra, arroja del templo á los vendedores ó á los demonios del cuerpo de los posesos. Enseña, como quien tiene una autoridad propia, que nadie comparte con él. Sus preferencias son para los pequeños, los pobres, y los oprimidos.

A su paso siembra los milagros y sus milagros son otros tantos beneficios. Perdona con una bondad maternal al arrepentido, sea el que fuere su crimen. Es tal la santidad de su vida, que desafía á sus más encarnizados enemigos á que encuentren en él la sombra de una falta. Calla cuando se le acusa, bendice cuando se le ultraja. Injustamente condenado por enemigos ávidos de su muerte, pára sus golpes, burla sus tramas, y no deja estallar la borrasca, sino en el día y de la manera que él ha fijado, probando su divinidad más inconcusamente con su muerte que con su vida.

Pero el objeto del Espíritu Santo no es solamente hacer del Verbo encarnado una creación excepcional, digna de la admiración del cielo y de la tierra. Ante todo, quiere realizar en él al hombre por excelencia, tal como existía desde toda la eternidad en el pensamiento divino, y tal como debía aparecer algún día para divinizar á todos los hombres; maravillosa operación que, soldando la creación inferior con la creación superior, la naturaleza humana con la naturaleza divina, debía conducirle todo á la unidad. Ahora bien, esta deificación del hombre es la última palabra de las obras de Dios, el objeto final de la Ciudad del bien (1).

“Al principio, dice el sábio doctor Sepp, el hombre y por él la naturaleza cuyo jefe y representante era á la vez, estaban íntimamente unidos á Dios. Esta unión duró hasta que el pecado, separando al hombre de su Criador, le hizo perder al mismo tiempo, el poder que habia recibido sobre la naturaleza. Pero Dios, para reparar su obra alterada por

1. *Instaurare omnia in Christo.*—Christus enim est summa, caput et recapitulatio omnium operum Dei. visibilium et invisibilium. Quocirca omnes res feruntur in Christum tanquam in centrum, cui conjungi desiderant. *Corn. á Lap., in Agg., II, 8.*

el pecado, aproximó nuevamente á Sí la criatura por medio de la Encarnacion.

“Esta consiste en que habiéndose unido la divinidad á la humanidad en la persona de Jesucristo, este ha venido á ser el centro de la historia. Esta íntima union, una vez realizada en el centro, se comunica por medio de una efusion continua á todos los puntos de la circunferencia, y lo que se ha verificado una vez en la vida de Jesucristo, se reproduce y desarrolla sin cesar en la vida de la humanidad (1).”

Segun el bello pensamiento de Clemente de Alejandria, todo el drama de la historia se ha realizado á modo de preludio en la vida de Jesucristo. El Verbo, que se encarnó una vez en el seno de María, debe encarnarse todos los dias en la humanidad y en cada hombre en particular. Tambien el nacimiento del Verbo se reproduce todos los dias en la historia y en el renacimiento espiritual, que obran sin cesar los sacramentos, depósito de su gracia.

De aquí resulta, que Nuestro Señor Jesucristo no es solamente la figura más grande, sino tambien la única persona en que se resume toda la historia. En lugar de ser nada ó poco, lo es todo; *Omnia in omnibus*. En lugar de ser un mito ó un falsario, como se han atrevido á decir blasfemos estúpidos, es la realidad en que viene á parar todo el mundo antiguo; el foco de donde parte todo el mundo nuevo. Y esto, hasta el punto de que si Nuestro Señor Jesucristo, nacido en el establo de Belen y muerto en la cruz del Calvario, no es el hombre por excelencia, el Hombre-Dios, realmente Dios, realmente hombre y principio de la deificación universal, son falsas desde la primera hasta la última todas las tradiciones y todas las aspiraciones antiguas,

1. *Vie de Notre-Seigneur Jésus-Christ*, t. I, introduction, 17, 18.

falsas todas las creencias modernas; y la vida del género humano una locura, sin intervalos lúcidos, que comenzó hace seis mil años, para durar, con gran desesperacion de la incredulidad, mientras un corazón humano dé latidos sobre la tierra.

En efecto, si hay en la historia un punto incontestable, es, que las naciones, aun las más groseramente idólatras, jamás han perdido el recuerdo de la caída primitiva, ni la esperanza de una restauracion. Este doble dogma tiene su fórmula en el sacrificio, ofrecido constantemente en todos los puntos del globo. Un personaje divino, Salvador y regenerador universal, es el objeto evidente de todas sus aspiraciones.

El Judío lo ve en Noé, en Abraham, en Moisés, en Sanson y en otros cien que lo representan. En vano el Espíritu del mal se esfuerza por alterar entre los gentiles el tipo tradicional del Deseado de las naciones. Puede oscurecer algunos de sus rasgos, pero el fondo queda. Nosotros vemos todavía más; y es, que á la venida del Mesías, el mundo entero estaba esperando como nunca á un libertador. Y decimos el mundo entero, á fin de expresar todas las partes de que se compone; el cielo, la tierra y el infierno. Cada uno á su manera, debia proclamar al Restaurador universal, y, segun expresion de San Pablo, doblar la rodilla ante su adorable persona.

Apenas nace, cuando toda la milicia celestial viene á prosternarse ante su cuna, y anuncia el cumplimiento del más deseado de los misterios, la reconciliacion del hombre con Dios, la gloria en el cielo y la paz en la tierra. A la voz de los ángeles viene á unirse la voz de los astros. No hablamos de la estrella que guia los Magos á Belen, hablamos de todo el sistema planetario. Los cálculos astronómi-

cos más sábios establecen, que los astros anunciarían la venida del Verbo encarnado; que el año sabático, año de perdón y de renovación, estaba calculado sobre las revoluciones sidéreas, y que los astros *renovarían* su curso, cuantas veces la tierra se *renovase por la penitencia*.

Los sábios doctores alemanes, Sepp y Sechuberr, han demostrado que todos los pueblos de la antigüedad, conocían este lenguaje de los astros y el gran suceso que anunciaban. "Pero todas estas armonías particulares, dicen, tendían hacia otra más general y más alta en el movimiento de Urano, el más elevado y el más lejano entre los planetas. En el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Urano, cuyo período de rotación al rededor del sol abraza el de todos los demás planetas (1), cumplía su quincuagésima revolución. Ahora bien, el año de Urano puede mirarse con razón como el solo año real y completo del sistema planetario; puesto que entonces todos los astros, aun los más lejanos, vuelven á comenzar su curso.

"Pues bien, en esta época fué precisamente, cuando todo el sistema planetario junto, celebró el primer año de reparación y de reconciliación, cuando todas las profecías se cumplían, cuando los ángeles del cielo y los habitantes de la tierra, cantaban mezclando sus voces con los armoniosos conciertos de las esferas celestes: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*. Esta época coincidía con el fin de la semana del año sabático, en la cual, según una antigua predicción, Dios había de afirmar su alianza con los suyos.

"En resumen, en este gran reloj del universo, cuyo des-

1. En el año 1846 se descubrió el planeta Neptuno, que dista del sol más que Urano y tarda más tiempo en recorrer su órbita. Esos sábios alemanes escribirían antes de 1846.

(Nota del Traductor).

tino primitivo es marcar el tiempo, los resortes y las ruedas estaban, desde el principio, dispuestos por el mismo Criador de tal modo, que todos se referían á la grande hora en que Dios debía hacer lucir el día, eternamente previsto, de perdón y renovación del universo. El firmamento, lo mismo en su concierto general, que en la disposición de sus armonías interiores, anunciaba á Aquel por quien y para quien fué hecho el cielo estrellado (1)." Así fue, como en la hora de su Encarnación los ángeles y los astros doblaron la rodilla ante El y lo reconocieron por su autor: *Omne genu flectatur caelestium*.

Los mismos homenajes fueronle tributados por los habitantes de la tierra. Los judíos instruidos desde el origen de su nación por la profecía de Jacob, que anunciaba la venida del gran libertador para el momento en que el cetro salido de la casa de Judá, fuese empuñado por un extranjero, estaban en la espectación de su próxima llegada. Sus oídos estaban abiertos á todos los impostores, que, llamándose el Mesías, prometía libertarlos del yugo de las naciones; tras de ellos se iban con una facilidad hasta entonces sin ejemplo (2). La historia atestigua, que el motivo principal de la guerra insensata que sostuvieron entonces contra los Romanos, fué un oráculo de las Escrituras anunciándoles, que por aquel tiempo se levantaría en su patria un hombre que extendería su dominación sobre toda la tierra (3).

1. Schuberr *Symbolique des songes*; Sepp., *Vie de Notre Seigneur Jésus Christ*, t. II, 387.

2. Act. v. 36. 27, etc.

3. Quod maxime eos ad bellum excitaverat, vaticinium erat *ambiguum* in sacris libris repertum, illis circiter temporibus quemdam ex ipsorum finibus orbis terrarum imperio potiturum: Joseph, *De bell. judaico*, lib. VI, c. v, n. 4.

Esta expectacion de la próxima llegada del Mesías no era peculiar de los Judíos; todas las naciones del mundo participaban de ella. Preciso era que así fuese; sin esto ¿cómo los profetas comenzando por Jacob y acabando por Ageo, hubieran podido llamar al Mesías, *la Expectacion de las gentes, el Deseado de todas las naciones?* (1)

Los gentiles debían este conocimiento del Redentor futuro, ya á la tradicion primitiva, ya al comercio de los Judíos, esparcidos desde muchos siglos en las diferentes comarcas de la tierra y hasta en Roma mismo. No eran pocos, ignorados y sin influencia los que habia en esta capital del mundo; sino que por el contrario eran muchos, ocupaban empleos importantes y tenían tal union entre sí, que ejercían una marcada influencia sobre las asambleas públicas. “Vosotros sabeis, decia Ciceron á los magistrados romanos abogando por Flaco, cuán grande es el poder (de los Judíos) cuán grande su union y la fuerza que tienen en nuestras asambleas. Lo diré en voz baja, para que lo oigan tan solo los jueces. No faltan gentes que los excitan contra mí y contra los mejores ciudadanos (2).”

Cosa evidente, la religion de un tal pueblo no podía ser ignorada de los Romanos, por lo menos en sus dogmos fundamentales; lo dicta la razon y cien testimonios de la historia lo confirman (3). Por ejemplo, Herodes era el huésped y amigo particular de Asinio Polion, á cuyo hijo se aplica en el sentido literal la cuarta egloga de Virgilio. El judío Nicolás de Damas, hombre hábil á quien Herodes te-

1. Et ipse erit Expectatio gentium *Gen.* XLIX, 10.—Movebo omnes gentes et veniet Desideratus cunctis gentibus *Agg.*, II.

2. Scis, quanta sit manus (Judæorum), quanta concordia, quantum valeat in concionibus. Submissa voce agam tantum ut iudices audiant, etc *Pro Flacco*; n. 28.

3. Véanse los excelentes artículos de los *Annales da Phil. chret.*

nia confiado el cuidado de sus negocios, gozaba del favor de Augusto. Macrobio refiere que conocia hasta la ley que prohibia á los Judíos comer carne de cerdo. Ahora bien, se sabe que la expectacion del Mesías era la base de la religion mosaica.

A medida que se aproximaba el advenimiento del Deseado de las naciones, se iba esparciendo por el mundo una luz más viva; se diría que eran los primeros rayos de la estrella de Jacob. En efecto, ya va á aparecer; y Virgilio, intérprete de la Sibila de Cumas, canta en la corte de Augusto la próxima llegada del Hijo de Dios, quien, bajando del cielo borrará los crímenes del mundo, *matará la serpiente* y establecerá sobre la tierra la edad de oro.

A los oradores y los sacerdotes de Roma hay que añadir los historiadores más graves. “Había invadido, escribe Suetonio, todo el Oriente la antigua y constante opinion de que estaba determinado, que en aquel tiempo gentes salidas de Judea se apoderarian de todo (1).” Tácito no está menos serio. “Muchos, dice, estaban persuadidos de que se contenía en los antiguos libros de los Sacerdotes, que por aquel mismo tiempo prevalecería el Oriente y gentes salidas de Judea se enseñorearian de todo (2).”

Esta viva expectacion del Mesías se encontraba en todos los pueblos, á pesar de lo que se desfiguró entre ellos la religion primitiva. Una tradicion china, tan antigua como Confucio, anuncia que aparecerá en Occidente el Justo. Según el segundo Zoroastro, contemporáneo de Darío, hijo de

1. Percrebuerat Oriente toto vetus et constas opinio, esse in fati ut eo tempore Judæe profecti rerum potirentur. *In Vespas.*, n. 4.

2. Pluribus persuasio inerat, antiquis Sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judæe rerum potirentur *Hist.*, lib. V. n. 3.

Hystaspes y reformador de la religion de los Persas: "Se levantará algún día un hombre, vencedor del demonio, doctor de la verdad, restaurador de la justicia en la tierra y Príncipe de la paz. Una virgen sin mancha lo dará á luz. La aparición del Santo será señalada por una estrella, que con su marcha milagrosa guiará á sus adoradores hasta el lugar de su nacimiento (1)."

La herejía y aun la incredulidad han respetado hasta nuestra época este acuerdo unánime del Oriente y del Occidente. "Ciertas tradiciones inmemoriales, dice el sábio inglés Mauricio, relativa á la caída del hombre y á la promesa de un mediador futuro, derivadas de los patriarcas y extendidas por todo el Oriente, habian enseñado á todo el mundo pagano á que esperase la aparición de un personaje ilustre y sagrado (2)."

El impío Volney habla del mismo modo: "Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores a la ruina de Jerusalem, habian extendido en toda el Asia un dogma completamente semejante al de los Judíos sobre el Mesías. No se hablaba mas que de un gran Medianero, de un Juez final; de un Salvador futuro, que siendo rey, Dios, conquistador, y legislador, debia hacer volver sobre la tierra la edad de oro, librarla del imperio del mal y restituir á los hombres el reinado del bien de la paz y la felicidad (3)."

Tan universal é íntima era esta creencia, que segun la tradicion de los Judíos, consignada en el Talmud y en otras muchas obras antiguas, gran número de gentiles fueron á Jerusalem, hácia la época del nacimiento de Jesucristo, para ver al Salvador del mundo cuando viniera á rescatar á la casa de Jacob (4).

1. Schmidt, *Redemption du genre humain*. p. 66-174.

2. *Id ubi supra*,

3. *Ruines*, c. xx, n. 13.

4. *Talmud.*, c. XI.

En resumen, dos hechos hay tan ciertos como la existencia del sol.

Primer hecho: hasta la venida del Verbo encarnado, todos los pueblos de la tierra esperaron un libertador.

Segundo hecho: desde que vino Nuestro Señor, esta expectacion general ha cesado.

¿Qué se infiere de aquí? O que el linaje humano, instruido por las tradiciones primitivas y por los oráculos de los profetas, se engañó esperando un libertador y reconociendo por tal á Nuestro Señor Jesucristo; ó que Nuestro Señor Jesucristo es en realidad el Deseado de las naciones, no hay medio. Por esto la tierra dobló su rodilla ante El y lo reconoció por su Redentor: *Omne genus flectatur terrestrium*.

El infierno mismo no podia permanecer extraño al advenimiento del Mesías. Esta era para él una cuestion de vida ó muerte ¡Cuántas veces vemos en el Evangelio á los espíritus inmundos, no solamente ceder á las órdenes de Jesus, sino tambien proclamarlo Hijo de Dios! Mas este homenaje individual, por mucho que se repitiera, no era bastante. Era menester que ante el Verbo eterno, ante el Verbo viviente, descendido á la tierra para instruir al mundo, quedasen mudos Satanás y sus oráculos. Era menester además, que en justo retorno los últimos acentos de los espíritus malos fueran la proclamacion solemne de la divinidad y la venida al mundo de Aquel que los reducía al silencio.

A proposito de esto; Plutarco en su libro de la *Cuida de los oráculos* refiere una historia maravillosa. Es un diálogo entre varios filósofos romanos, uno de los cuales se expresa de este modo: "Un hombre grave é incapaz de mentir, Epiterso, padre del retórico Emiliano, á quien alguno